

# Las Dominicales

## Del Libre Pensamiento.

El pasado que habra, la mujer que se agrega a su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el mundo que ora y ayuna. —Luz.

Concete a ti mismo. —Marta.

Desde la India hasta la Francia, el sol no va más que una familia humana que debía regirse por las leyes del amor: mortales, todos sois hermanos. —Teller.

¡Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin. —Auz.

El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien. —Auz.

Que la verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos polvo los tronos y se noten bajo el fuego los adoradores del Vaticano de Oro si se incorporan en su camino. ¡Pasa, pasa a la verdad divina! —El Espíritu del Señor.

si tu mate, no hurtes, no mientas, no prevayas honra a tus padres; en suma, cumple la ley de Dios amándole y sirviéndole. —Luz.

La justicia de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia. —Luz.

Trabaja para extinguir el mal. Embellece la tierra con tu arte. —Luz.

¡Cada uno de vosotros debe ser un hombre! ¡Cada uno de vosotros debe ser un hombre! ¡Cada uno de vosotros debe ser un hombre! —Luz.

Amad los unos a los otros, como yo os he amado como nuestro padre que está en los cielos. —Luz.

La piedad no consiste en llevar el cuerpo, hacer levantas a Portugal. —Luz.

<b>AÑO XVI</b>	<b>PRECIOS.</b> —Madrid: Trim. 3 pes. Provincias: Idem. 4 id. Extranjero: Año, 12 id. Ultramar: Idem. 4 pes. No. Número de corrección, 10 céntimos de peseta. Idem. 10. Estrado, 25 id.—Los suscritores, si pagan a mano.—El pago se hace por trimestre y 6 años a voluntad.	<b>OFICINAS</b> <b>CLAUDIO GUELLÓ 104 A. IZQUIERDA</b> (frente a la estación del tranvía del barrio de Salamanca), se puede ir en tranvía desde la Puerta del Sol (16 céntimos), ó desde la Círculo (10 céntimos).	<b>MADRID</b> Jueves 20 de Octubre de 1895	<b>Fundadores.</b> ..... Ramón Chis. Demófilo. La Redacción no devuelve los manuscritos. No responde de los artículos firmados.	Se sirven a los correspondientes paquetes de cinco números en adelante, enviando al importe adelantado. El precio de cada ejemplar será 6 céntimos para el correspondiente y 10 para el público. La correspondencia al Director, D. Fernando Lozano.	<b>NÚM. 851</b>
----------------	--	---	---	--	--	-----------------

## LA HORA LLEGA

La campana del alba suena, el gallo canta, la aldea se levanta; las gasas rosadas que el disco de luz hace asomar por el Oriente, son el regalo de boda que prepara para su desposada.

Hasta ahora España ha estado desposada con la noche. Ahora va a celebrar sus nupcias con el día.

Esperad, confiad. El nuevo matrimonio será fecundo.

Yo lo he visto allá abajo en la aldea de las huertas perfumadas, donde las aves canoras se picotean, contándose amores junto al nido. El joven que marchó a Cuba, fuerte como un atleta y hermoso como un Apolo, volvía convertido en sombra de hombre, llevándose al pecho la mano, al andar, para contener la fatiga.

Ya está transformado. Los ojos negros de su amada, la de cabello de ébano, al comunicarle las brasas de su corazón de fuego, le han devuelto el calor, la alegría y la vida.

Así pasará a España en sus próximos desposorios con el sol, rey de la luz y el fuego.

Confiad; alentad. Poned el oído atento porque va a sonar la hora. ¡A ver! Contad, que el reloj comienza ya a dar... Una, dos, tres... Todavía no es esa la hora.

Aguardad; vestid vuestras mejores galas; preparad para el banquete el cordero de vellón más puro; engalanad a vuestras hijas con flores, envolvedlas en perfumes; la hora se aproxima.

La campana del alba suena, el gallo canta, la aldea se levanta, el disco de luz va a asomar por el Oriente.

## ALTO AHÍ

Alto ahí, bárbaros. ¿Qué es eso de hablar de regionalismo?

En estos tiempos en que las naciones son estrechas para contener la sed de unidad humana que devora a los pueblos, sólo aquí, en esta España semibárbara, donde los elementos tradicionales pesan tanto en las conciencias, puede volver a pensarse en dar vida independiente a Estados regionales cuya muerte tiene decretada por siempre la historia.

¡Ah!, ya lo vemos venir. Acordaos que decíamos que, tras la guerra de Cuba, entre los horrores que nos esperaban, estaban el carlismo y el regionalismo.

La barbarie tenía, sí, que desencadenarse. Este pueblo por educar, sin conciencia de los medios de reconstituirse, y con esa tendencia fatal que siente hacia el pasado, había forzosamente de volver su pensamiento a soluciones bárbaras: a la monarquía absoluta, que es una barbarie grande, al regionalismo, que es una barbarie mayor.

Notadlo: a pesar de la terrible conmoción que sufrió Francia a la caída del imperio, a nadie se ocurrió allí hablar seriamente de regionalismo; la superior cultura alcanzada por aquel pueblo le hizo comprender que no había que pensar siquiera en esa solución bárbara.

Y no hay que decir que en Francia no tenga raíces el regionalismo, que las tiene más que en España. Pues qué, ¿no tienen los franceses su región catalana como la nuestra, donde se habla el catalán, como es en todo el antiguo Rosellón? Pues qué, ¿no tienen su región vasca? En algunas provincias se habla el italiano, en otras un dialecto alemán y en otras una lengua próxima al inglés.

Pues bien; a pesar de eso, ¿qué gran político se ocurrió en Francia que para restaurar sus heridas era preciso resucitar las viejas regiones?

Y es porque Francia, que había hecho su revolución al grito de «no más provincias» (regiones), había conquistado, merced a aquella gran revolución, un estado de conciencia infinitamente superior al nuestro.

Esos aullidos que se lanzan en Cataluña y esos otros que se oyen en las provincias vascas reclamando la independencia regional, son la reminiscencia de la bestia humana, estado en que vivieron durante la Edad Media los antecesores de los que hoy arrojan al aire esos gritos salvajes.

Vais a decir que un hombre, venerable por varios conceptos, y que piensa con lucidez en muchas cosas, es partidario acérrimo del regionalismo. No os fiéis. Es la suya una monomanía semejante a la de nuestro caballero de la Triste Figura, razonable y sano de juicio mientras no se le hablaba de sus libros de caballería. A creer a ese defensor de la más arcaica de nuestras tradiciones vivas, todos los pueblos deben gozar de su independencia regional, y es una violación del derecho que los hombres civilizados vayan a los pueblos bárbaros ó salvajes a perturbarles en su autonómica tarea de degollarse y comerse crudos unos a otros. ¿Que ciertos indios americanos cuelgan a las mujeres ancianas sobre el fuego para ahogarlas con el humo y comerse las luego? Pues deben quedar eternamente autónomas para continuar su vida de antropófagos, porque nadie tiene derecho más que ellos a ocupar su territorio.

Claro es que quien proclama este derecho a la barbarie de hoy, no ha de tener escrúpulos en concederlo a la barbarie de ayer.

Volved la espalda, ¡oh, españoles!, a esas locuras, que no en balde venimos combatiendo desde hace un cuarto de siglo, porque vemos en ellas uno de los gérmenes más fatales a España.

¿Sabéis la causa de todos nuestros desastres y de todos nuestros desastres? ¿Sabéis por qué nos ha derrotado los Estados Unidos? ¿Sabéis por qué no tenemos ya aquellas colonias, que eran la envidia del mundo?

Pues no lo dudéis, toda esa suma de males tiene en el terreno político por único origen el regionalismo.

¡Sí; el regionalismo, que hace que España no sea aún una nación, porque está separada de ella Portugal. El regionalismo, que ha impedido constituirse a España como nación, cuando están constituidas todas las demás naciones del mundo, es, sin duda, la causa de esta debilidad política que nos ha hecho perder nuestro imperio colonial, y que hará perder el suyo a Portugal, no menos insensato que nosotros.

Y que ante esta verdad, clara y transparente, que se impone a todos los ojos que saben leer la historia, ¡haya quien hable de regionalismo!

[Maldito, maldito mil veces sea]

Nos asombra que un periódico discreto, en estas terribles circunstancias, haya osado alentar esa pasión bestial de campanario, so pretexto de que es una manifestación de vi-

talidad. Habría también que aplaudir, según eso, la tendencia a no pagar los maestros y a construir plazas de toros, porque son también manifestaciones claras de vitalidad.

No; sólo los dementes pueden favorecer una tendencia que, de triunfar, traería la disolución de España. Si per no haber sabido juntar a Portugal con España hemos sufrido estos espantosos males, ¿qué no sucedería si todavía nos dividiéramos más, regresando más a la vida bárbara de la Edad Media?

Podría suceder que, en estos momentos de desesperación en que entramos, algunos dementes pensasen resucitar el cantón y lo lograran momentáneamente; pero como esa obra está maldiciendo por la historia, al fin vendría la espada de cualquier guerrero, representante de la más alta conciencia española, a destruir y aniquilar esos límites anacrónicos, contra los cuales protesta hoy más que nunca el mundo, ansioso de derribar obstáculos a su avance progresivo.

¿Qué resultaría, pues? Que tras de anegarnos en sangre en una guerra estúpida, como sería hoy una guerra regionalista, a fin vendríamos a caer en una dictadura militar, perdiendo libertades y derechos por no saber cuánto tiempo.

Esto es, que se reproduciría la historiantonal del 73, en que se vió a Pavia, que empujó la bandera de la unidad de España, hacerse dueño de la nación.

No repararán en esto hombres a quienes la historia nada enseña, que se engañan todos los días porque quieren amoldar a su fantasía los sucesos; pero los que hemos sufrido un martirologio tan terrible a causa de la terquedad insensata de esos hombres; los que hemos visto derramar tantas lágrimas y devorar tantos sufrimientos, no podemos sin estremecernos de cólera pensar en que vamos a caer otra vez en las faltas pasadas y vamos a legar a nuestros infelices hijos un porvenir tan negro y terrible como ese pasado que hombres sin cerebro político, eternos utopistas, nos han hecho sufrir.

¡Ah!, no; por cuanto más améis, españoles, no penséis más en un regionalismo que representa el desquiciamiento y la disolución de España.

¿No veis, insensatos, lo que hace un pueblo que tiene seso como los Estados Unidos? Unir, juntar; si es preciso, a sablazos y a tiros.

Esa es la ley de la historia: traer uniones cada vez más amplias, hasta lograr la unión de todas las naciones y razas.

¡Emplear el tiempo, el dinero, la sangre en desunir lo que está unido!

Vosotros, sobre todo, obreros republicanos y socialistas, mirad con cólera al que os hable de regionalismo; tratad al regionalista como al carlista, pues aunque lo ignoren, los dos son hermanos gemelos, y poned toda vuestra alma en la obra que va a comenzar de enlazar los obreros de las dos naciones peninsulares, disponiéndolos a influir con voluntad santa en la unión de todos los obreros del mundo, echando por tierra las fronteras de las naciones, cuanto más las viles, bárbaras fronteras regionales.

**PIEZAS DEL PROCESO**

### Palabras del duque de Tamames

De lo que va más al fondo y más derecho al remedio de cuanto se ha hablado sobre responsabilidades, es, sin duda, esto que ha dicho el duque de Tamames:

«No sólo no he solicitado nunca, sino que he rechazado siempre toda exhibición de mis pensamientos, que he devorado en silencio las grandes armaduras que como buen español tenía que sentir por los infortunios de mi patria, agravados al presente, en medida tal, que llega a límites intolerables. Y no por falsas modestias, que necesitados estamos todos de verdaderas sinceridades, me he negado a tal publicidad, por creer que lo que yo pensase tenía que ser de escasa monta y había de influir bien poco en que se enmendasen los que lo han de menester, y en que se rectificasen los rumbos de la gobernación de España, falta de esas rectificaciones, si es que ha de seguir viviendo.

«He llamado por desconfianza en mis propios medios y por desesperación de que fueran atendidos los consejos de los que ninguna clase de culpa tenemos en los desastres sufridos. (Como hemos de tener culpa los que, como yo, han cumplido sin protesta todos los deberes de partido, y cuando se ha tratado de combatir he solicitado un puesto de soldado en la guerra!

«No hablaría, por consecuencia, si no me requiriese a hacerlo con tanto ahínco *El Zóbera*, al que nunca negué mi pobre auxilio y concurso en todas las ocasiones en que lo solicitó para causas nacionales. Y causa nacional es la de averiguar por qué caminos hemos llegado a tal ruina y por qué otros, bien distintos, podremos aspirar a la restauración de fuerzas perdidas.

«No son de ahora mis opiniones reformistas, autonomistas, en la cuestión de Cuba. Siempre pensé que a tal distancia no se podía mantener cosa tan espiritual como la soberanía por la pura fuerza. La fuerza, además, no se debe malgastar cuando se emplea por todas las señas estérilmente sin consecuencias favorables, sin llegar a una pacificación evidente, que se palpe y que se toque. Si así no es, y así no sucede durante tres años y después de una experiencia tan dolorosa como la de la primera guerra separatista, necesario es rendirse a la razón y a la evidencia y cambiar de sistema, como ha hecho todo padre prudente ó todo amante discreto en las relaciones familiares, que si los procedimientos de rigor, de castigo, de imposición no le producen efecto ninguno, acude a los del amor y la persuasión, preparando a los que están bajo su potestad a una emancipación gradual, bienhechora para el emancipado y para el que emancipa.

«Principios son estos tan conformes a las leyes divinas y humanas, que parece mentira que se hayan podido olvidar con tanto error sistemático, que por serlo es total y absolutamente imperdonable. Ese error sistemático es atribuible a los de la derecha y a los de la izquierda, que todos han gobernado y ninguno se quiso persuadir, a no ser el general Prim con sus atisbos geniales, de lo que era el problema de Cuba.

«Acumulándose los errores, siguiéndose la política tradicional, aquella que consistía en gastar hasta el último hombre y la última peseta en la cuestión de Cuba, como si después de gastarlos quedase España para contar, llegó un día en que estuvo en pleito, no sólo la posesión de nuestras colonias, sino hasta el propio honor de este pueblo, que siempre peleó por el derecho y jamás por el interés.

«No se explica que consintieran nuestros gobernantes que se pudiesen las cosas de manera que no ya la razón, sino la honra estuviese en litigio en la pelea con los Estados Unidos. Preferible hubiera sido luchar antes, ó no luchar nunca, a combatir en tales condiciones, que pudiéramos comprometer el prestigio de la nación, la dignidad del ejército, y, por añadidura, perdiéramos el imperio colonial.

«Culpa es esa exclusiva de los Gobiernos conservadores y liberales; de los que hicieron un Parlamento a su imagen y semejanza, para que les absolviera de sus faltas; de los que nos privaron de toda política exterior en que apoyarnos, en caso del inevitable conflicto con la poderosa República norteamericana; de los que al estallar la guerra internacional fiaron a la casualidad el vencimiento; de los que no han vacilado en firmar una paz desastrosa; de los que, en fin, hicieron de la administración del país negocio de logros, del que se aparta el espíritu con horror y el estómago con asco.

«Y como la culpa es de los que han gobernado durante más de veintitantos años, el remedio no puede venir de los que de cerca ó de lejos se hayan manchado en tales manejos, causa de tan gran ruina. La nación lo dice a voces, y si no se atiende a ellas, el dolor de un lado, la ira de otro, acabarán por ponerlo todo en la misma acta de acusación.

«Aquí se han hecho revoluciones y apenas si se ha tocado a la substancia, a la entraña del mal. Gobierno ahora el Sr. Sagasta haciendo enmudecer la palabra y la pluma, de la misma manera que gobernaban aquellos contra los que se sublevó. Si levantara la cabeza alguno de aquellos caídos, derribados, por levantamiento nacional, podría sin trabajo encargarse del poder, pronunciando la frase famosa: «¡Decíamos ayer!» Ni siquiera habría de tomarse el trabajo de falsear ó corromper el sufragio universal. ¡Más corrompido de lo que está! ¡Más pujante de lo que vive el caciquismo, señor de todo! ¡Más dueña de lo que es la mentira de la conciencia, de la voluntad, de la energía, del régimen constitucional! ¿Qué queda de éste más que el nombre, las vanas apariencias?

«Y el desastre es tan grande, que para remediarlo no sirven paliativos. Un resaca de su cura con flor de malva. Una pulmonía

«(1) se puede curar con cantáridas y con sangrías. Y de eso, de cantáridas y de sangrías, está necesitado el cuerpo de España, si es que estamos decididos a salvarlo, y a es que no se ha de perder ese cuerpo tan querido, y también su alma, que se nos antojaba inmortal.

«Todas estas cosas pensaba yo haberlas dicho en el Congreso y ante mis electores liberales de Salamanca, a los que debo exclusivamente mi acta de diputado y no a la protección del Gobierno. No lo dije en las Cortes, porque se cerraron éstas sin que apenas pudiese nadie dirigir su palabra al país. Lo afirmé ante mis votantes para recobrar una libertad de acción, primera condición de toda actitud honrada y resuelta en la política.

«Se ha afirmado por ahí, sin fundamento alguno, que yo estaba con el general Polavieja. Reconociendo yo todas sus buenas condiciones como soldado, todas sus cualidades que lo podían convertir en un espantoso, no me ha convencido su modo de intentar la regeneración de España por medio de un manifiesto, que entra en los moldes mismos que es necesario romper. Es un manifiesto leído inoportunamente, sin sumar antes las fuerzas con que se debía contar, exponiéndose al ridículo, que en política, como en todo, es la peor de las muertes, sobre todo entre nosotros los meridionales.

«Yo no recuerdo, yo no sé de renovaciones profundas sociales que se hayan hecho así. Yo evoco, por ejemplo, la memoria de lo ocurrido en España en 1854; comparo este manifiesto con el de Manzanera, y la historia me enseña que el de la unión liberal era un clarín de guerra, con gente dispuesta a la batalla, y que sabía y quería montar a caballo.

«Porque es indudable: las leyes que han hecho nuestros políticos, nuestros hermanos, no pueden prevalecer ante las leyes de derecho natural y de orden moral. Necesitan aquéllas ser holladas, violadas por éstas, que al fin, es un principio eterno de sabiduría y justicia popular aquel que dice «que el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón». Y como acabaron con nuestras colonias y con nuestro nombre en el mundo, es preciso que recobremos este último, ya que no podamos recuperar un continente que conquistamos y civilizamos en épocas que calificarán de bárbaras nuestros cultísimos cuanto decadentes y desdichadísimos Gobiernos.

«El que tal haga ó tal intente tendrá el sufragio unánime del país, y con él estará yo con vida y alma, como estoy en cuantas empresas acometo, sobre todo si se desea exigir las responsabilidades en la forma extrema, justiciera, con que se juzgó en todo tiempo a los que, por ignorancia ó por avaricia, traicionaron a su patria. No había hecho tanto D. Rodrigo Calderón y su séquito pena ejemplar, que para siempre quedará en la historia. Y lo que ésta no puede hacer es escribir, al lado de culpas tan horrendas, la palabra impunidad.»

### De cómo se enseña la medicina en España A FINES DEL SIGLO XIX

En la solemne apertura del curso académico actual, ha leído el ilustre decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona un discurso muy notable y muy oportuno. Describe en él cómo se enseña y cómo se ha enseñado la medicina en la segunda Universidad española. Y es la pintura tan gráfica, que la descripción de lo perpetuarse como un verdadero documento histórico, para que, al juzgar los presentes desastres de la patria, investigando sus causas, sepan nuestros descendientes cómo cuidaban los Gobiernos cosa tan vital como la enseñanza de la Medicina a fines del siglo XIX.

He aquí los párrafos más interesantes del importante discurso del sabio doctor catalán D. Juan Giné y Partagás:

«Es de pública notoriedad para cuantas generaciones han salido de nuestra escuela, que, desde remotos tiempos, las funciones docentes han debido desempeñarse con tanta penuria, con tal deficiencia de recursos, que bien puede decirse que, por cualquier lado que se mire a nuestra Facultad, no se ven en ella más que los harapos de la miseria.

«El edificio, henchido de nobleza histórica, puesto que ha sido la platabanda donde han nacido y sido cultivadas las más floridas unidades de nuestra Medicina contemporánea, es en todos conceptos deficiente é inhábil para todos y cada uno de sus destinos. En su área, reducidísima, cuántanse tan sólo tres aulas, y aún éstas de escasa capacidad. Nada tiene

que merezca nombre de Museo, Laboratorio ó gabinete. El anfiteatro anatómico es perfectamente circular: no tiene la figura de un segmento parabólico, adecuada para las enseñanzas demostrativas. Hoy día, en razón á su aspecto grave, al par que suntuoso, más bien que recinto destinado á la enseñanza de la Anatomía, podría creerse es cenotafio erigido á la veneranda memoria del fundador del antiguo Colegio de Cirujanos; cosa que parece confirmar el colosal busto marmóreo del ilustre Virgill. Nuestro anfiteatro anatómico es hoy, en cierto modo, una joya arquitectónica, digna de ser conservada por los recuerdos que evoca; en él, en tanto subsista su memoria, cuantos médicos catalanes hoy vivimos, veneramos nuestros dioses lares y penates.

En la Facultad no hay vestíbulos, ni ante-áulicos, ni patios. En días de lluvia, mientras espera la hora de entrar en las clases, la población estudiantil se ve precisada á cobijarse en la calle... bajo el paraguas. Sólo existe un angosto corredor, ó patinaje, el cual, con todo y hallarse á la intemperie, carece de aire, luz y ventilación.

Con auxilios adventicios, casi con limosnas,—que se agradece mucho—y á puro de imponernos las más austeras privaciones—el cual régimen económico aún dura y durará mucho, si no se impetran novísimos socorros—se habilitó, hace seis años, el único patio central que entonces había—el cual, por sus usos y propiedades organolépticas, merecía el nombre de patio de los putrilagos—para Sala de Discción, ó, como hoy se dice, de Técnica anatómica; la cual, gracias á luces cenitales que penetran por una techumbre acristalada, proporciona regulares servicios y hasta resulta estética.

Tenemos también una Biblioteca, con armarios y estanterías de nogal, que un tiempo pudo calificarse de suntuosa y bien provista, pues abunda en obras de Medicina apreciables por su antigüedad y rareza, aunque se halla casi totalmente destituida de libros modernos, siendo contados los que datan de más acá del último cuarto del presente siglo. Como esta Biblioteca—que ha estado cerrada durante varios lustros—por su carencia de libros contemporáneos, tiene escaso aliciente para los alumnos, en las épocas de exámenes se aprovecha su recinto para albergar á uno de los tribunales, pues no hay otra manera de tener local para todos los que deben funcionar en dichos períodos.

En cada curso más apurada la Facultad por la escasez de materiales clínicos, cual si intentara reproducir el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, ideó, hace cinco años, abrir un Dispensario médico-quirúrgico, á fin de sacar partido para la enseñanza del contingente de experiencia que podrían proporcionar los enfermos ambulantes. Con este fin funcionó el Dispensario durante tres años; luego, en vista de que en estos ámbitos no se invertía una buena parte de la reducida consignación de las clínicas, fué preciso suspender el ejercicio de esta institución sucedida, pues ya había llegado el caso de no poder proporcionar á los concurrentes ni tan siquiera los tópicos más indispensables para las clases.

Si de la necesidad de mejorar de albergue que, como expresión de un mal invertido, sienta la Facultad, pasamos á considerar los padecimientos que la afligen por la deficiencia del material de que debiera estar dotada para enseñar las asignaturas de la carrera del modo práctico, experimental y demostrativo que es de rigor en nuestros días, y más especialmente tratándose de ciencias biológicas, veremos que aún es mayor la pobreza por lo que al contenido se refiere, que lo que el aspecto del continente, ó sea el edificio, parece demostrar.

En ninguna parte sienta mejor la suntuosidad que en los templos de la ciencia: la magnificencia y hasta el lujo; deben estimarse, como expresión de un culto perenne á las obras de la inteligencia. Manifiestan el respeto y el amor que en los centros docentes profesan todos á las más elevadas aspiraciones de la humanidad, consagradas por el trabajo y por el tiempo. Pero el saber humano, en los presentes tiempos, cediendo á las corrientes de igualdad y fraternidad que á todos nos empujan, se despoja de gran parte de las venerandas galas de la Historia y no manifiesta grandes empeños en luchar por los prestigios del maestro: todas las ciencias, y en particular las de observación, proclaman el libre examen. Se admite la teoría como una necesidad del espíritu; la hipótesis no es aceptada, sino como una luz que puede servir de guía para comprobar los hechos, ó para ir á encontrarlos propios nuevos. Nadie se atreve á construir sobre productos más ó menos utilizados del ingenio; y quien tal hace, tiene el disgusto de presenciar el derrumbamiento de la obra antes de verla terminada. Como no son de ley sino las razones que se apoyan sólidamente en los hechos, todos los conatos pedagógicos se encaminan principalmente á enseñar á observar y experimentar. El continuo tejer y destejer de los sistemas y doctrinas ha escarmentado á muchos y, con razón se desconfía de la volubilidad de las teorías, por más que se cubren con ropaje seductor. Los tiempos son de análisis; es necesario aprender analizando. El espíritu del alumno, impregnado del ozono de libertad, preparado entre nosotros por nuestros propios padres, batrunta independencias: si ya no por obra de la educación, al menos por impulso atávico muy próxima, desde que da los primeros pasos en la carrera: ántes que manumitido en el Laboratorio. Y en la Facultad al maestro; pero es mucho más devoto del testimonio de sus propios sentidos que de las oraciones magistrales: es más aristotélico que platónico.

Hoy día se discurre de muy diferente manera: la educación del pensamiento comienza por la de la sensibilidad, puesto que todos saben que las nociones que alcanzan mayor firmeza y solidez, son las que directamente proceden del Cosmos. Importa, pues, educar rectamente á los sentidos, á fin de aprender á medir á proporción y en la medida que sentimos y pensamos. Interesa evitar el hacimiento de ideas no bien delineadas, que suelen aporarse en el cerebro de la manera liviana con que las calcomanías en el papel. Se desea que los juicios, al nacer, tengan ya raíces; las raíces de la germinación autóctona, que son prenda segura de lozanía y larga vida.

De esta suerte, el cultivo de las carreras que tienen por sujeto de estudio los seres y los fenómenos de la Naturaleza, exige mucho más que libros: requiere instrumentos y talleres; esos talleres llámanse Laboratorios. Tanto como Bibliotecas, se necesitan colecciones de objetos de observación y estudio: son los Museos. La Cátedra, el Laboratorio y el Museo, eran, no ha mucho, estancias bien distintas y aun distanciadas entre sí: no se tardó en adosar el Museo y el Laboratorio á la Cátedra; hoy la Cátedra y el Laboratorio se confunden, ventajosamente, en un mismo recinto. Se comprende la eficacia de un Laboratorio sin Cátedra. Nadie admitiría una Cátedra sin su Laboratorio y su Museo.

Desprovista de Museos y Laboratorios propiamente dichos, nuestra Facultad dispone de un material de enseñanza por demás exiguo. Media docena de aparatos en buen uso, tiene la cátedra de Fisiología; apenas llegan á este número los del Laboratorio de Medicina legal; un par de microscopios, bastantes medianos, y un regular microtomo, el de Histología: esto es todo lo que merece mencionarse en punto á materiales de observación y experimentación. Lo demás es pura tubería fragmentada y cacharrería desportillada, pues como ni tan siquiera disponemos de buenos armarios, y la humedad, con las mucedineas que en ella vegetan, señorea en todas las estancias del edificio, no hay manera de conservar los objetos que por el uso diario se deterioran y se desgastan.

No es menor triste la situación del arsenal de Cirugía. Bien que se hayan invertido sumas importantes en la desoxidación y niquelado de los instrumentos quirúrgicos, cuya antigüedad acusa palpablemente la Historia del Arte, y bien que para preservarles de nuevas invasiones del orín se les mantenga en cajas espartas, bien engrasados y recubiertos de goma, como, al fregarlos, dada la miserable consignación de que se dispone, haya sido preciso echar mano de los de precio infinito, hállese la mayor parte de ellos fraccados y fuera de uso. Salvo algunos instrumentos recién comprados con miras verdaderamente económicas—esto es, mirando más á la bondad que á la baratura—lo restante es hierro viejo y roñoso, cuyo solo aspecto repugna al espíritu de asepsia que por doquiera informa á la Cirugía contemporánea. Añádase que, hace algunos años, un señor ministro de Fomento, ávido de producir grandes economías, tuvo á bien suprimir el chocolate del oro, ó sea el sueldo de quinientas pesetas del instrumentista de la Facultad. Desde entonces no hay á quien hacer responsable de la conservación en buen uso de los objetos del arsenal.

A nosotros, los catráticos, nos apena en gran manera la poca orientación anatómica de nuestros alumnos; pero aún debíamos admirarnos de que sepan tanta Anatomía como saben. Por qué? Porque el Museo anatómico de la Facultad—instalación modestísima y reciente, que nos ha costado un ojo de la cara—se reduce al fondo de una galería, de tres arcaadas, en cuyas paredes se hallan dispuestas, del mejor modo que ha sido posible, un centenar de piezas de barro cocido, yeso y cartón-piedra, pintadas con mucha más ingenuidad que verdad, que alternan con algunas otras, realmente notables, de cera, muchas de las cuales, así como unos cuadros murales de etiología, que penden de las paredes de la Sala de Discción, acusan las excepcionales condiciones artísticas del escultor doctor Coll y Soler y las no menos apreciables del inolvidable Letamendi. A esto se reduce la riqueza, ó mejor, pobreza plástica y pictórica de que nuestros alumnos pueden disponer para aprender la Anatomía normal.

Qué diré de la Anatomía patológica, de la topográfica, de la embriología y de la obstetricia? Hay tres armarios, acristalados en parte, en una enrejada del primer piso de la Facultad, donde se ven, hacinadas, un cierto número de piezas, naturales, unas, artificiales otras, correspondientes á las mencionadas enseñanzas. Y esto es todo: todo se abarca con una mirada. No hay estudio del operador ó toólogo de alguna fama que no sea más rico en ejemplares de esta especie.

Con un Hospital adjunto á la Facultad como, á lo menos topográficamente, lo está el de la Santa Cruz, donde se albergan á veces más de 800 enfermos pobres, crearía cualquiera que nuestro departamento anatómico estaría abundantemente surtido de cadáveres para los trabajos prácticos. Beto, no obstante, por una serie de circunstancias extrínsecas al modo de ser de la Facultad y completamente ajenos á su manera de vivir, se da el caso de que, así en las cátedras demostrativas, como en la Sala de Discción, no es dable disponer de lo más indispensable para los estudios prácticos, siendo así que, sin éstos, pretender enseñar Anatomía, es como edificar sobre el suelo de una playa.

Valga lo que acabo de decir como un lamento, exhalado en ocasión solemne, con el objeto de condensar la expresión de sufrimientos de remotísima historia, en que ha habido no pocas quebrantos de la dignidad corporativa y de los intereses de la enseñanza. Sea, repito, mi voz un lamento, no un reproche; no miremos á lo pasado, ahora que, para la Facultad, el porvenir se nos presenta con las rimeñas tintas de una alborada.

Para no aumentar sombras en el cuadro que estoy esbozando, quisiera excusarme de tratar de las enseñanzas clínicas; siendo, empero, mi propósito dar una idea del estado actual de nuestra Facultad, para que mejor re-

salte la urgencia de la reforma que se solicita, no puedo pasar en silencio este enojoso asunto.

El hecho es que la Facultad vive de precario en las enfermerías de la Santa Cruz. Contomporizando y con equilibrios de diplomacia internacional—puesto que los temperamentos clínicos dieron siempre malos resultados—obtenemos del Hospital los enfermos que tiene á bien suministrarnos, puesto que ya no se está á elegir enfermos para las Clínicas en la Oficina de Entradas. Es verdad que tal vez hay derechos que podrían hacerse valer; pero esos derechos casi han prescrito por el desuso. Entre profesores clínicos de guardia y médicos del Hospital, también de guardia, ha venido á establecerse un modus vivendi que, al paso que suaviza y endulza el presente, disimula muchas ausencias, por supuesto, involuntarias y casusticas. Un enfermo de las clínicas llegado al estado de cronicación, plenamente agotado para la enseñanza, debiera ser trasladado á las enfermerías del Hospital. Escrito tiene la Facultad el derecho que la asiste para estas situaciones: el caso es que casi siempre y cuando un tal intento se fortaliza y se expresa... el enfermo se queda en la Clínica con los perjuicios consiguientes para la enseñanza.

En resumen: las Clínicas reciben los enfermos que les proporciona el Hospital, y se quedan con ellos, aun cuando ningún servicio puedan prestar á la enseñanza.

Cada Clínica tiene señaladas sus salas, con un número determinado de camas. Cuando en el Hospital sobrelabundan los enfermos, suelen llenarse las camas vacantes de las Clínicas; no ocurriendo este tropiezo, las camas de las Clínicas acostumbran á permanecer vacías durante bastante tiempo. El catrático llega á la Clínica, anhelo de hallar algún caso nuevo en que ejercitar á los alumnos en el diagnóstico. Muchos son los días en que el profesor nada tendría que hacer si no supiera sacar partido para la enseñanza de los múltiples aspectos con que puede ser mirada una enfermedad, ensayando á los discípulos en recuerdos de anatomía topográfica y patológica, en prácticas y juicios semeióticos, en el diagnóstico diferencial, en la terapéutica, etc.

La entrada de enfermo nuevo, constituye un acontecimiento interesante, que rápidamente repercute á todo el curso. Es tal la avidez de instrucción práctica que aienten los discípulos, que, á pesar de la relación señalada por la lista de la sección, que está adosada á la cabecera de la cama, precipitanse todos sobre ésta; algunos montan el contiguo sillón y muchos se ponen de pies en las camas adyacentes. Aquello es una masa de carne humana, formada de miembros que se estrujan, comprimen y repelen en el espacio de un metro, que es la distancia que media entre dos camas contiguas. Intenta el profesor penetrar á través del grupo estudiantil, para dirigirse al sitio que le corresponde, junto á la cabecera: un flujo y reflujo rapidísimo, una verdadera ola escolar, se produce para abrir paso al maestro, quien, en el rápido vaivén de la marea, corre siempre el peligro de dejar un faldón de la levita. A este instantáneo agrietamiento del montón, subsigue un tumulto de empujones, que termina por violenta enucleación de los más endeble ó menos osados, los cuales, ya alejados del enfermo, declarados en derrota en esta lucha de estrujamientos y pérdida total de esperanza de aprender alguna cosa de lo que el catrático se esfuerza en enseñar prácticamente, reñense en el extra-radio, formando grupitos de escolares desengañados, que se lamentan de lo poco que les es dable aprovechar en las Clínicas oficiales.

Se dirá que siempre lo hemos visto así; pero también es cierto que siempre hemos adolecido del achaque de hacer rematadamente mal los servicios de la enseñanza clínica. Las salas de un nosocomio ordinario no reúnen condiciones para enseñar á una población escolar numerosa. Las camas deben de estar convenientemente distanciadas de la pared; es preciso que medie mucho espacio entre una y otra de una misma hilera y que aún sea mucho mayor el que separa las hileras. Así, los alumnos, junto al catrático, formando amplio círculo, pueden cómodamente observar á los enfermos, atendiendo á los procedimientos de exploración que el maestro enseña, repetir las manipulaciones que éste ordena, y beber, sin que se pierda una gota, el saber clínico en el mismo manantial.

Paréceme de mal gusto insistir en esta materia: tratar, verbí gracia, de los sinsabores que encuentra la Facultad en el Hospital de la Santa Cruz, en lo que se refiere al régimen autónomo de la casa, el cual trasciende al personal extrínseco, adscrito, por virtud de aquél, al servicio de las Clínicas, y de los disgustos que provienen de garrafales errores y añejas preocupaciones, reñidas con la Humanidad; cosas que la Facultad se ve obligada á contemplar muda, resignada y muerta, á causa de su precario modo de vivir... Luengos años hemos vivido Facultad y Hospital, conlevando y soportando nuestros opuestos gustos y contrarios temperamentos: hoy estamos próximos á darnos la despedida...; la Facultad agradecerá eternamente al Hospital de la Santa Cruz la hospitalidad que le ha proporcionado. El día en que definitivamente nos separemos, no habrá un abrazo que simbolice la historia de un siglo de simultáneo y perseverante laboreo en pro de la Humanidad y de la Ciencia.

Frutos de tal enseñanza

Claro y lógico es que con esta enseñanza han de darse entre los médicos españoles hechos tan bochornosos como el que revelan los siguientes párrafos de un artículo que publica nada menos que El Siglo Médico, uno de los periódicos profesionales más importantes de España.

Médicos que estudian sin microscopio, sin prácticas de Fisiología, sin Laboratorios de Psicología experimental, sin gabinetes anatómicos, sin Laboratorios de Bacteriología y casi sin diseccionar cadáveres ni ver en-

firmos, si curan será por milagro, y como alguna vez curarán, tendrán su santo favorito á quien dar las gracias, y han elegido como patronos (porque son dos) á San Cosme y á San Damián.

Vemos cómo celebran su patrono los médicos milagrosos.

Dice El Siglo Médico:

Así como los académicos de la de Jurisprudencia celebran su fiesta, con notorio esplendor, todos los años el día de la Inmaculada Concepción y los notarios la suya, haciendo lo propio los gremios de cada arte ú oficio, tiene la Hermandad de San Cosme y San Damián, compuesta de médicos, muy á gala el festejar anualmente á sus santos patronos el día 27 de Septiembre. Y si el médico es un verdadero sacerdote y un sacerdocio la Medicina, no hay duda de que los médicos todos, deberían formar parte de la mencionada Hermandad, con la cual no podría de esta suerte competir en manera alguna la que los juriscónsultos tienen formada. Desgraciadamente no sucede así, al menos en este Madrid tan prosaico, tan indiferente, tan alejado, por regla general, de Dios. Por eso al esplendor con que los abogados celebran su fiesta á la Inmaculada y al afán que muestran todos ellos en acudir solícitos á la fiesta y en llenar las amplias naves de San José, sucede la frialdad con que los médicos miran esta festividad, la única que en el año les congrega como tales médicos para elevar sus preces al Criador y pedirle, por intercesión de sus patronos los santos Cosme y Damián, luz y acierto para el tratamiento de las enfermedades y la inspiración necesaria para curar las dolencias del alma.

Vamos, menos mal! En este Madrid prosaico hay pocos médicos milagrosos, por fortuna para los enfermos.

Y sigue el artículo:

Y es muy de notar para los que tenemos la dicha de ser católicos de verdad—no de nombre, pues no hay español, médico ó no médico, que consienta en que se le arrebatan tan hermoso título—que todas las misas que en ese día se celebran por los sacerdotes de la iglesia del Carmen, donde se festeja á los santos patronos, se aplican en sufragio del alma de los médicos difuntos que pertenecieron á la Hermandad y que fueron en el mundo nuestros caros amigos. Y ya que en este día no se congregan los hermanos vivos—como ocurre en Valencia, Barcelona y otras capitales—á los pies del Comulgatorio para recibir la Sagrada Eucaristía, ya que tampoco se congregan por la noche para festejar á su manera á sus santos benditos, quedales el grandísimo consuelo de que en ese día se pide por los hermanos difuntos, por aquellos médicos sus íntimos amigos, por aquellos con quienes estábamos aquí en la tierra en íntima y diaria comunicación...

Quedamos en que en Barcelona, donde la Facultad de Medicina está según ha visto el curioso lector, y en Valencia donde está próximamente igual ó peor, donde no hay Laboratorios hay más médicos milagrosos. Y los devotos de San Cosme y su compañero en Madrid, se limitan á rezar por los médicos difuntos. ¿No sería más lógico rezar por la humanidad doliente que tenga la desdicha de caer en manos de médicos que todo lo esperan de la intercesión de San Damián ó de su compañero?

Nos quejamos de que aquí curan los Apóstoles y los persigue la autoridad. Y estos apóstoles con título, ¿no debían ser perseguidos por el sentido común de los clientes?

Por último, bien harán los médicos milagrosos en no estudiar, huir de Clínicas y Laboratorios porque huelen á azufre, quemar los libros, no acercarse al microscopio por si se dispersa, no diseccionar cadáveres porque lo prohibió la santa Iglesia romana; dedíquense á rezar, pasen la vida en éstas, y los santos Cosme y Damián, iluminándoles, harán que curen á los enfermos todos del cuerpo y del alma. Porque, como recuerda muy bien el articulista:

Verdaderamente mejor es el rústico humilde que sirve á Dios, que el soberbio filósofo que, olvidándose de sí mismo, contempla el curso de los astros.

Tableau!

Simpatías hacia D. Carlos en América

Publicóse hace pocos meses en un periódico de la República del Ecuador una cartita firmada en la Argentina por varios clérigos y seglares adhiriéndose al último manifiesto de D. Carlos.

Esa carta, que produjo un gran ruido, dice así:

«Dios, Patria y Rey.

Quito, 1898.—Sr. D. R. R.—Buenos Aires. Señor: Con el objeto de que emitanos nuestro parecer, se ha servido usted remitirnos la Carta manifiesto de D. Carlos de Borbón á su hermano D. Alfonso, en la que el legítimo rey de España expone las ideas que han de guiarlo, mediante Dios, en el gobierno y cuidado de la monarquía española.

Deudores á usted de repetidas pruebas de confianza y consideración, nos satisfacemos sobremanera correspondar con nuestra respuesta, no obstante los peligros que entraña para los hijos de la Iglesia y de la autoridad la confesión de la fe católica en esta República, presa de la más desenfrenada demagogia.

Su majestad el rey D. Carlos (q. D. g.) asiente, como verdad confirmada por la historia, que no habrá sosiego ni bienestar en las sociedades modernas, si ellas no se rigen por instituciones tradicionales, cuyo primer bautismo sea un monarca de derecho divino que, por su misión providencial, se libre de las mudanzas de estos agitados tiempos.

Si á tal conclusión llega su majestad viendo y palpando lo que sucede en la nación católica por excelencia, su patria, no se inundaría de pena el contemplar la suerte de estos pueblos después de que, por poquedad y soberbia, desconocieron á su rey y señor natural, D. Fernando VII (q. e. p. d.), para abrazarse á las veleidades de una libertad que los ocasiona su pérdida y ruina.

La benevolencia de nuestro legítimo soberano es muy recomendable en su Carta manifiesto; mas no por eso es menos verdadero que los llamados Gobiernos republicanos en América han propasado todos los límites de la licencia desde su apartamiento de la madre patria, con la señalada excepción en el Ecuador del Sr. D. Gabriel García Moreno, por no haberse apartado de las enseñanzas de la Iglesia y de la monarquía, como las entiende y propaga actualmente su majestad D. Carlos de Borbón.

Son de extraordinario alcance las palabras del rey en la hora misma en que la herejía se apresata á descusar el árbol de la monarquía en Cuba, que plantó allí Cristóbal Colón por inspiración divina y con el apoyo munificentísimo de los Reyes Católicos de España.

Convencidos de que el triunfo de D. Carlos de Borbón será de ingentes ventajas para todas las antiguas colonias españolas, protestamos, una vez más, con el mayor entusiasmo, nuestra adhesión y fidelidad al trono.

Sírvase usted recoger nuestros votos por Dios, Patria y Rey, é impartir sus órdenes.

Para escribir semejante carta, habiendo nacido en América, se necesita ser clérigo ó católico puro.

La indignación que su lectura produjo en la República del Ecuador fué indecible. El Gobierno mismo se vió obligado á tomar cartas en el asunto, y una nota del ministro del Interior fué enviada para averiguar la autenticidad de las firmas.

La mayoría de los comunicantes negó la autenticidad y se declaró públicamente enemigo del carlismo.

La juventud ecuatoriana publicó una protesta, en que se lee:

«No podemos dejar de conocer el talento y luces que distinguen á muchos de los ciudadanos que aparecen firmando la estulta carta en que nos ocupamos, y salta por lo mismo á la vista que ellos no han podido renegar de sus principios, de sus convicciones republicanas, suscribiendo documento tan ignominioso como deslizado y fofa.

Los caballeros cuyos nombres han sido puestos por algún farsante en esa ridícula carta, han protestado públicamente hallarse inocentes del horrendo crimen que se les imputa, y tan enérgicas y leales son sus manifestaciones, que por honra del Ecuador debemos creer en la sinceridad de sus asertos: los ecuatorianos, por más que los dividan rencillas lugareñas, no hemos perdido las ideas de justicia, los sentimientos de dignidad, para creer que nuestros compatriotas sean capaces de colocar al Ecuador en el rol de las tribus salvajes. El escrito aquel á favor de D. Carlos de Borbón, no es ni puede ser obra de ningún ecuatoriano.»

El arzobispo de Quito, contestando á una comunicación del ministro, califica la adhesión de «baldón» y de «incalificable descomento».

He aquí, pues, todas las simpatías que inspira la causa carlista en América. Aunque sólo fuera por esta circunstancia, el carlismo debía enmudecer en España. El triunfo aquí de D. Carlos sería la señal de una guerra moral declarada por la América española á España. Nos aborrecerían como se aborrece á D. Carlos; nos despreciarían como se le desprecia.

Ahora bien; poner un abismo entre España y América es la más grande de las infamias y el más horrendo de los crímenes. España es una nación esencialmente americana. La primera política de un Gobierno futuro debe encaminarse á vivir en familia con los americanos. Es insensata toda separación con América, porque aquellas gentes piensan y sienten como nosotros.

Nuestra prensa diaria es tan ligera, tan irreflexiva, que pasa por alto asuntos de la importancia de éste. Se ocupa de informaciones menudas, de palabras pronunciadas por este ó aquel politicastro, y deja de tomar acta de asuntos de tan alta monta y tan significativos como éste.

Nuestra prensa, en cabeza de sus números, hechas para decir: «Fijste país en este hecho que acaba de darse en América, para que veas y repas el odio que inspira la causa de D. Carlos. Esa sola circunstancia, incapacidad de D. Carlos para gobernar á España. No sólo seríamos odiados y despreciados, cuando nuestro interés supremo es el ser amados en América, sino que las numerosas colonias de españoles que hay por allá, sufrirían al punto las consecuencias de ese odio y desprecio. Podríamos recompensar así los actos de patriotismo que esas colonias de españoles acaban de ofrecer con ocasión de la guerra? Todo carlista que no haya perdido el sentimiento de la patria, debe, ante esta consideración, ceder y no pensar más en una causa que nos hace odiosos de los que es preciso que nos amen. D. Carlos debe retirarse sin dilación; caso de que no lo haga, es preciso que de la nación entera salga un solo grito de exterminio contra ese partido infame que quiere nuestra perdición: A una debe gritar España entera: «¡Muera D. Carlos!»

Cosa así deberían escribir. Infundirán sin duda en la opinión y evitarán una próxima levantamiento carlista, cuyo fin no llegará más que al asesinato y al saqueo, porque triunfar es imposible. Y de este modo la prensa hubiera salvado muchas vidas y muchos intereses, haciendo un beneficio á los

propios carlistas, que sueñan con un imposible.

No hay prensa así. Hay sólo prensa que entretiene la atención con informaciones de políticos que nos han perdido, dejando que lleguen los sucesos y nos anonaden.

Alguno de esos periódicos que hoy gritan más pidiendo responsabilidades, ha contribuido en gran parte a nuestros desastres reclamando la insensata guerra por la guerra y adormeciendo la opinión. Hoy hace lo mismo respecto al carlismo, sin reparar en su inmensa responsabilidad.

Los hombres reflexivos de España, sin duda que estarán persuadidos de que, si la conciencia nacional estuviera un poco despierta, bastaría para concluir con el carlismo poner un gran cartel en las esquinas que dijera sencillamente:

"D. Carlos es imposible en España, porque le odia con toda su alma América."

Doña Julia Roger de Rubaudonadeu

En el comentario civil del Este se verificó ayer el sepelio de la señora doña Julia Roger Pocheville de Rubaudonadeu Corceles, arrebatada al cariño de los suyos cuando apenas contaba treinta y cuatro años de edad.

De espíritu elevado y corazón abierto á toda clase de impulsos generosos, fué la finada modelo de esposas, buena hija y providencia de los pobres, á quienes socorría con largueza.

Elocuente demostración de lo que la quisimos cuantos nos honramos con su ameno trato, ha sido la unanimidad con que todos han acudido á rendir tributo á sus restos mortales, acompañándola á la última morada en interminable fila de carruajes.

Su esposo, nuestro distinguido amigo y conocido hombre público D. José Rubaudonadeu Corceles, ha tenido ocasión de experimentar en momentos para él tan angustiosos, que cuenta con muchos y sinceros amigos.

Hacemos nuestras las anteriores manifestaciones, que tomamos de nuestro estimado colega El Progreso. Pudiendo asegurar al querido correligionario y excelente amigo D. José Rubaudonadeu, que tomamos principal parte en su justa pena.

LUZ Y SOMBRA

Nos comunican desde Mazarrón:

«Pasó el cura con el Viático junto á unos jóvenes que estaban distraídos; al decirles con tono imperativo que se descubrieran, obedecieron; pero no contento, se encará con uno, lanzándole frases «cultas» como ésta: «debia usted estar en una cochera...» el tal, zofocado y sin saber qué hacer, le contestó que él podía estar en otra. Apeló el cura á la autoridad y encarcelaron al joven. Acudió la madre de éste á todas las personas que pudieran influir en su favor, entre ellas una presidenta de muchas congregaciones, y por tanto de gran prestigio para el caso; pero el cura contestó que no perdona y que irá á presidio por todo el tiempo que él pueda, para lo cual marchó enseguida á Murcia á poner en juego toda su influencia.»

«Ese clérigo tendrá un mal paradero. No ha oído que sus tiempos se acaban. Ya verá lo que es bueno.»

En carta, que tenemos á la vista, de Zaragoza, se nos dice:

«Aquí hay una ralea de republicanos, algunos exageradísimo, que llevan sus hijos á educar con los jesuitas, bautizándolos y enterrándolos católicamente. Sólo hay aquí una mujer, la Pardina, y eso porque su padre tuvo buen cuidado de ver cómo la educaba.»

Lo creemos firmemente. ¡Que se alegren los manes de aquel integérrimo republicano viendo cómo los honra su noble hija!

Se leen con emoción los detalles sobre la cura difícilísima que acaba de hacer el doctor Castro, catedrático de San Carlos, en la persona de una joven inglesa, hija de un hombre acaudalado.

Después de recorrer Europa buscando los primeros operadores, los cuales no se atrevieron con la operación, vino á Madrid la joven acompañada de su padre y de dos eminencias de la cirugía europea, sabiendo que el doctor Castro había practicado recientemente una operación análoga.

He aquí la descripción del caso:

«Y en efecto, en una casa alquilada y preparada para el caso en la calle de Ferraz, á la una y media en punto de la tarde del día 30 del pasado mes, el sabio catedrático de San Carlos puso el bisturí en el cuello de miss Laise Crampton.

Un terrible peligro ofrecía la operación; el nervio vago, que pasa casi en contacto con la carótida y tiene acción motriz y sensitiva sobre el corazón, produciría la muerte si al operar se le hiriese.

Sólo nueve minutos duró la operación, minutos de ansiedad terrible en que la vida dependía de un estremecimiento en el pulso del operador.

Hechas las ligaduras, extirpado el saco aneurismático y cerrada la herida en el letargo del sueño anestésico, al despertar, las primeras palabras de la enferma fueron:

—Doctor, respiro muy bien. ¿Viviré?

Al decirlo los médicos que la consideraban curada para siempre, se desmoronó una escuadra tan tierna y grande, que sólo al oírse reír se impresionó el ánimo profundamente.

El padre no sabía si abrazar al doctor ó á su hija; los notables médicos extranjeros felicitaban llenos de emoción á nuestro gran operador, y en fin, este mismo, que tanta serenidad demostró en aquellos terribles nueve minutos, perdía á su pesar abrazando al pobre padre que, después de creer perdida la vida de su encantadora hija, la veía curada y fuera de peligro.

El día 2 del presente mes se levantó el apósito, y ayer 7 se encontró cicatrizada la herida por primera intención.»

He ahí cómo la ciencia no reconoce razas ni patria. Una joven sajona viene á encontrar la vida en manos de un latino. ¿A qué matar los sajones á los latinos, si pueden en éstos encontrar quizá un salvador?

Con el tiempo se dirá: «mi compatriota es todo aquel que me da la vida ó me ayuda á vivir», y las fronteras caerán.

Ahora resultan autonomistas hasta los conservadores.

Fabí ha dicho que desde el año 1864 era autonomista.

Y Labra dirá: —¡Quién me diría que tenía tanto correligionario incógnito!

Que hubieran dejado fustilar con toda seguridad á Labra, si Cánovas lo manda.

Hablando de su autonomismo, manifestado en una Comisión nombrada en tiempo de Isabel II, consignó Fabí este recuerdo: «El secretario general de la Comisión, señor Mayo de la Fuente, estuvo conforme conmigo; pero no el Gobierno. Y nos quedamos en minoría; pero una minoría crecida, de 111 votos. Por lo que puede decirse que allí, en aquel voto particular, estaba, por lo menos, el origen de tantos intentos malogrados de reformas, que, de haber cuajado y de haber preparado á tiempo la autonomía, hubieran evitado las guerras y la pérdida de las colonias.»

«Mas prevaleció el criterio reaccionario, intransigente, de injusticia y de explotación, que nos había de acarrear tan inmensos infortunios. Prevaleció ese criterio, llamado tan torpemente español, y pudo así afirmar don Cándido Nocedal, al hacer el resumen del interesante debate, la enormidad de que Isabel II era reina absoluta en Ultramar.»

Sin duda, y el absolutismo es lo que nos ha perdido; esto es, nos ha perdido el régimen de ese carlismo en que algunos imbéciles quieren hallar la salvación.

También ha dicho Fabí:

«Todo eso se olvidó, y ya en plena lucha con la insurrección cubana, el Gobierno del señor Cánovas rechazó los buenos oficios de Cleveland, y luego Sagasta, lastimosamente, desaprovechó las proposiciones de MacKinley, y, por fin, el partido liberal y su jefe cometieron la falta, que verdadera falta fué, de empreñar una guerra imposible con los Estados Unidos.»

Vamos, ya tenemos otro testigo de excepción que culpa á los dos partidos.

Finalmente, endereza este capítulo de cargos contra Sagasta:

«Y entre tanto, tristeza grande, tristeza infinita tiene que causar ver á este pueblo indolente, frío, inerte, pasivo ante la pérdida de las escuadras, ante el infortunio de la destrucción, por las enfermedades, de un gran ejército, ante la desaparición de España de América, ante el mayor desastre que registra tal vez la historia de la humanidad.»

«Todas las grandes decadencias encuentran su símbolo en un hombre por sus culpas ó por su desgracia. Ese símbolo está ahí, en el actual presidente del Consejo, y de él no se puede decir que inspire lástima y que mueva á la piedad del perdón y del olvido, porque esas atenuaciones de la historia sólo las merecen los que no pusieron su voluntad al servicio del desastre, los que no perpetraron el crimen de hacerlo inevitable.»

¿Qué más fallos necesita el pueblo?

Un suelto de El Liberal:

«Los catedráticos de Ciencias y el señor Gamazo

Hemos hablado con algunos catedráticos de la Facultad de Ciencias de la Central, para indagar su opinión acerca del proyecto de reforma de la misma, que discutió el anterior Consejo de Instrucción pública, y que el señor Gamazo parece dispuesto á llevar á la Gaceta. Todos han estado conformes en manifestar que la juzgan deplorable, si es que las noticias que por referencias han tenido son exactas; todos también han estado conformes en sentir que ese proyecto no haya sido previamente sometido al examen del claustro de catedráticos, el cual, ni la menor noticia tuvo de cosa que tanto le interesa, ni, por lo visto, la tendrá hasta que con fuerza obligatoria se le imponga.»

¿Veis cómo hemos escrito la verdad? De donde no hay no se saca.

Y habla Celleruelo, el íntimo de Castelar, que ingresó á las órdenes de Sagasta:

«Vamos á continuar bajo el Gobierno de estos menguados partidos políticos, producto del más torpe pandillaje, imagen de ese odioso esquiismo, diseminado, como miasma deletéreo, por toda la superficie de nuestro país? ¿Vamos á seguir viviendo con elecciones que son una mentira, con una administración corrupta y corruptora, con un poder judicial que no es poder ni ampara sino á favorcido, con una Universidad forjada por la preocupación y el fanatismo, con Municipios que son escuela de perversión moral y con provincias

que están á merced de unos cuantos años caudales, verdaderos señores de horca y cuchillo? ¿Es en ese caso, la redención es imposible y debemos prepararnos á que un nuevo Boabdil con casaca de presidente del Consejo, tan flojo y enteco como el último rey de Granada, entregue, doblando la rodilla, las llaves de esta nuestra pobre nación á las grandes potencias de Europa.»

¡He aquí nuestros hombres políticos! Castelar había flocciado sus bucles diciendo á Celleruelo que ingresara en la maza y en la fusión, á las órdenes de Sagasta, porque estábamos en el mejor de los mundos, con todas las libertades aseguradas.

Pero ahora se entera Celleruelo y entera el país que Castelar había mentido, y que el régimen que había pintado como bueno era una sentina de vicios, y Sagasta un Boabdil que ha entregado las llaves de su patria al mundo.

Pero, ¿hay quien escuche todavía á esos hombres?

Dice El Porvenir, de Navarra:

«En Badostain, durante la procesión del Rosario, uno de los fieles, entretenido en tirar tiros, á modo de salvas, desde la torre de la iglesia, le pegó un balazo á otro, de cuyas resultas murió el herido al poco rato.

Ni en Zuluñandia pasa otro tanto. Señor director de La Tradición, ¿hay en esto un ataque á la religión?»

Los servidores de la Iglesia, en su afán de acapararlo todo, no se contentan ya con haberse apoderado de la enseñanza y ejercer una porción de industrias, con perjuicio de impresores, lateneros, confiteros, etc., etc., el que también tratan de anular varias profesiones científicas.

En prueba de ello, véase lo que dice un periódico de Castellón:

«Según parece, se exhibe por las calles de Castellón un sacerdote forastero que se dedica, no solamente á la cura de almas, sino también á la de cuerpos, con la particularidad de que en estos últimos promete realizar curas imposibles, no sabemos si en los enfermos ó en los bolsillos.

Suponemos que el señor delegado de Medicina del distrito ignorará lo que denunciamos, porque lo hubiera ya corregido.

Llamamos su atención para que averigüe lo que haya de cierto en lo que denunciamos. Bueno que ese cura cure cuantas almas se le presenten á mano, que para eso tiene sus licencias; pero no invada el campo desconocido, puesto que, sobre ser inusado, vulgar curandero como el Paicano, podría muy fácilmente estafar á los crédulos vendiendo una ciencia que no posee.»

Aprendan los intransigentes clérigos de nuestro país.

Dice un estimado colega:

«El papa ha hecho un obsequio á la joven Guillermina, soberana de Holanda, que profesa la religión protestante.

Aparte la sagacidad que revela la acomodaticia política papal, hay que admirar en este hecho un espíritu de tolerancia y hasta de urbanidad digno de ser imitado por ciertos elementos religiosos de este país, á quienes les falta el tiempo para hacer el burro por cualquier triquiñuela.»

De El Telegrama, de Coruña:

«Un sacerdote que no le parece

Ayer tarde presentóse en el Gobierno civil un labrador llamado José Seijo Pallas, vecino de la parroquia de San Martín de Leixón, en el distrito municipal de Larache, dando parte de que el señor cura párroco de dicha feligresía negóse á dar sepultura eclesiástica al cadáver de un niño de quince meses de edad, hijo del citado labrador.

Este, por su parte, cumplió cuanto previenen las leyes en estos casos, entregando en el juzgado municipal la certificación facultativa que acreditaba el fallecimiento de su hijo, y obteniendo en su consecuencia el correspondiente permiso de sepultura; pero el párroco, en cambio, dejólo insepulto sin otro motivo que el de que dicho niño no ha sido bautizado allí, sino en la iglesia parroquial de San Nicolás de esta ciudad.

Así lo afirma José Seijo, y de ser ciertas sus aseveraciones, hay que convenir en que otras serán las causas determinantes de la conducta del párroco, aun cuando la funde en tan injustificado pretexto como el de no haber sido bautizado en su parroquia el niño en cuestión; pero sean cuales fueren, nunca serán suficientes á disculpar su proceder, que es altamente censurable.

«Es que no hay más que dejar insepulto el cadáver de una criatura de quince meses, de un ángel, que no ha ofendido á Dios ni á los hombres?

Entendemos que el señor gobernador civil debe dictar una enérgica providencia obligando á ese párroco á que cumpla inmediatamente su deber, é imponiéndole, además, un severo correctivo; que no es cosa de tolerar que así se burle de las leyes, acaso sin otro fin que el de satisfacer un deseo de venganza, impropio siempre, y más en casos como el de que se trata, de todo el que vista hábito talar.»

Bien merece la pena de que se haga pronto luz en el escandaloso hecho de que da cuenta un apreciable colega en el siguiente suelto:

«Días atrás reproducimos un suelto de nuestro colega de Barcelona La Publicidad, en que se denunciaba el atropello cometido con la anciana señora doña Rosa María, que al

desembarcar en aquella capital fué detenida en el Parque y llevada al Asilo Nocturno, donde parece fueron robados, no diez mil reales como se creía en un principio, sino más de veinte mil y la ropa buena que llevaba puesta.

Por sí dicha señora tenía perturbadas sus facultades mentales, ha sido sometida á reconocimiento facultativo y entretenida en Barcelona, á donde la está reclamando su familia, que reside en Valencia, sin poder lograrlo.

Parece que la principal de las hermanas de la Caridad y la dispensera que aquella noche prestaban servicio en el citado Asilo, desaparecieron al día siguiente.

La pobre anciana, entre tanto, permanece detenida en Barcelona y sujeta á continuos flagelos y molestias, sin que parezca el dinero.

Todo esto va revisiendo los caracteres de un robo escandalosísimo, y hay demostraciones de que se trata de encubrirlo.

Llamamos la atención de nuestros colegas de la Ciudad Condal para que procuren que se haga justicia.

Así nos lo pide la familia interesada.»

Los librepensadores de Cádiz

Cádiz 24 de Septiembre de 1898.

Sr. Director de LAS DOMINICALES.

En la sesión celebrada por esta Sociedad el domingo 4 del corriente para dar posesión á los individuos que habían sido elegidos para formar la nueva Junta directiva, se acordó el participárselo á usted, así como el felicitarle por la constancia y entereza con que vuestro semanario defiende las ideas librepensadoras en esta desdichada nación.

La Junta directiva está compuesta de los individuos siguientes:

Presidente: Miguel Astorga. Vicepresidente: Rafael Rodríguez. Secretario: Manuel Cristán. Tesorero: José Suárez. Vocales: Amalia Carvia, José Barranco, José Fernández.

Los cuales se ofrecen á ustedes para todo cuanto crea que pudiera ser útil para la defensa de nuestra idea.

El presidente, Miguel Astorga.—El secretario, Manuel Cristán.

SONETO

(Leído con ocasión del primer entierro civil celebrado en Torrejónillo.)

¡Salve, Torrejónillo! Ya la aurora ha despertado en tí del nuevo día; ya la ruía y maldadada hipocresía se oculta de tu sombra bienhechora.

Ya se percibe la canción sonora que ha de acabar con toda la falsía; ya se oye la sublime melodía que ha de enjugar el llanto del que llora.

La santa libertad en tus hogares ha erigido, por fin, el santo templo que ha de librar la tierra de tiranos.

Tiende tu santa luz por los lugares, y asociándose á tí con el ejemplo, redimirás á todos los humanos.

MELTÓN DELGADO.

LECCIÓN PROVECHOSA

El capitán de navío de la marina inglesa sir Alfred Paget fué designado por el almirantazgo inglés para estudiar en Cuba las operaciones de mar y tierra.

Paget ha seguido paso á paso los detalles de la guerra. En Cayo Hueso y en la Habana presenció los preparativos de la campaña; á bordo de la escuadra americana, asistió al bloqueo de la Habana, al bombardeo de algunos puertos de Cuba, al desembarco de las fuerzas americanas y al combate naval de Santiago.

Agregado luego á las fuerzas de Shafter, presenció las operaciones que terminaron con la rendición de la plaza. Como el Gobierno inglés desea tener un informe minucioso del funcionamiento de todos los servicios, Paget no ha concluido aún su trabajo, para cuya terminación está reuniendo cuantos datos y antecedentes pueden facilitarle las oficinas de Washington; pero ha emitido ya su opinión sobre los hechos más importantes de la campaña.

Podría sintetizarse el trabajo de Paget—llamado á tener un gran valor fuera de España—diciendo que las enseñanzas que á juicio del marino inglés se deducen de la campaña, son diametralmente opuestas en la esencia y en los detalles de las que podrían deducirse de la lectura de la prensa española durante estos últimos meses.

En opinión del delegado del almirantazgo inglés, una de las deficiencias más evidentes de la campaña la ha producido la escasa intervención de la marina de guerra en los transportes hechos por mar para el servicio del ejército y de la marina.

En la marina inglesa todos los transportes están ya bajo la exclusiva inspección (control) del almirantazgo; pero á juicio de Paget, es necesario que ese control se extienda más. Cuando el ministerio de la Guerra necesite transportar tropas ó municiones, su intervención debe limitarse á comunicar al almirantazgo la cantidad y clase de esas tropas, cuidando el almirantazgo de escoger los buques para el transporte y de dirigir sus menores detalles.

Sir Alfred Paget dedica gran parte de su trabajo á los movimientos de la escuadra de Cervera. Califica su salida de Santiago de valerosa locura, que no tiene precedente que la justifique en los anales de ninguna guerra marítima.

Dicen que vistos los últimos servicios prestados por la marinería de desembarco y por las ametralladoras de la escuadra, en los primeros encuentros con Shafter, el Cervera

en vez de salir hubiese desembarcado las tripulaciones con toda la artillería de tiro rápido y ametralladoras, y las hubiese puesto á las órdenes de Toral, Santiago hubiese sido prácticamente inexpugnable para las fuerzas americanas.

Creo Paget que una vez resuelto Cervera y salir, debió hacerse de noche, y de ser necesario salir de día, en lugar de buscar los buques el combate americano, Cervera debió intentar meterse entre los transportes y buques auxiliares de los americanos, entre los cuales hubiese hecho daños de consideración.

Paget hace grandes elogios de la construcción y artillado de los buques americanos, aunque no admite que sean mejores que los ingleses.

Claro es que si la marina de guerra hubiese hecho los transportes (lo que hubiera sido una escuela práctica incomparable), hubiera sido imposible enriquecer á la Compañía jesuítica presidida por Comillas. ¿Qué importa á los altos protectores de esa Compañía que nuestra marina perezca?

CARTA ABIERTA

Sevilla 25 de Septiembre de 1898.

Sr. Director de LAS DOMINICALES.

Muy señor mío: Como llega lo que nada vale, ha llegado á mis manos una hoja anónima, marcada con el núm. 13, y correspondiente á una serie de ellas que, como propaganda católica, se reparten pública y gratuitamente en esta capital.

En dicha hoja se inserta un artículo escrito por el comandante de Estado Mayor D. José de Eliola, en contestación á otro titulado Lepra fraileña, publicado por D. Vicente Blasco Ibañez en el núm. 4 del periódico Vida Nueva. No he leído este número ni sé si el Sr. Blasco Ibañez se ha dignado rebatir la contestación del Sr. Eliola, que, según dice la hoja mencionada, se hizo publicar en dicho periódico; mas rebatiera ó no el Sr. Blasco, por sí usted juzga que la contestación más adecuada para el Sr. Eliola (que se presenta y le presentan los autores de dicha hoja como arrogantes é irrefragables contendientes) es la de una persona casi desconocida é insignificante, ahí va la mía.

Comienza diciendo el Sr. Eliola que va á defender la verdad y la justicia, y para justificarlo sienta el principio de que ni es fraile ni cura (aunque no lo fuera, podría pertenecer á la familia de alguno de ellos) ni tiene que ver nada con unos ni con otros. (Eso ya lo veremos durante el curso de su defensa.) Entrando en materia, sostiene que la insurrección filipina no fué sólo un levantamiento contra los frailes, y que el plan de los insurrectos, antes de asaltar los conventos, era, según el Consejo Supremo del Katipunan, asesinar al capitán general y á todas las autoridades; después, para destruir la impugnation del Sr. Blasco, que dijo que el régimen que el fraile mantenía con el indio era tiránico, cita las siguientes palabras, tomadas de la Geografía universal de Elisso Réclus, á quien califica de socialista y anticlerical furibundo: «que los filipinos han sido civilizados por los frailes» y que es el cura, más bien que los soldados y los cañones, quien asegura á España la perfecta sumisión de los naturales de Filipinas.»

Seamos lógicos, Sr. Eliola. Si que los filipinos no se levantaron sólo ni primeramente contra los frailes, no significa que no fueran éstos los causantes de la insurrección; estando bajo la salvaguarda de las autoridades y perteneciendo á la misma madre patria, la causa tenía que ser común á todos los españoles, siendo en la lucha preferibles aquellos elementos que, por su misión guerrera, más temor inspirasen; los argumentos de usted no tienen valor, puesto que esos pobrecillos, desinteresados é inofensivos frailes, que tanto habían hecho por ellos y que de tantos prestigios gozaban, fueron incluidos en el degüello general.

Respecto al testimonio de Elisso Réclus, nada significa; pues el que los filipinos hubieran sido civilizados por los frailes no destruye la tesis de que lo hicieran con la sana intención de atraerlos á sus doctrinas para mejor explotarlos; en cuanto á la opinión de Réclus (que podría ser todo lo anticlerical que usted quiera, pero que en este caso no ha visto claro) de que el cura aseguraba á España la sumisión de los filipinos mejor que los soldados y los cañones, ya ha visto usted cómo la insurrección lo ha comprobado.

Dice el Sr. Eliola:

«Me permitiré agregar de mi cosecha, que en tanto que entre el fraile y el indio no se han interpuesto las Sociedades secretas haciendo creer al último que de un salto podía pasar de semisalvaje á hombre civilizado y de trabajador á propietario holgazán, allí ha habido paz.»

Pero en qué quedamos, Sr. Eliola, ¿han civilizado ó no los frailes al indio? Si lo primero, nada tiene de extraño que éstos hayan buscado la independencia, y si lo segundo, nada tiene de particular que, conceptuando los tenían en ese estado por conveniente, hayan querido retener la explotación de los que, convertidos en supremos pastores, los miraban como á esquilables borregos. Tenga usted la convicción, Sr. Eliola, de que el Manifiesto que han dado al país, sean civilizados ó semisalvajes, es un acabado modelo en su género.

Se resiente el Sr. Eliola porque se haya tachado de cobardía á los religiosos de Filipinas; es en lo único que no ha estado acertado el Sr. Blasco; se conoce que no ha tenido en cuenta la valentía proverbial de los padres de la Iglesia; que se acuerde del cura Santa Cruz y demás compañeros de armas y en ideas.

Por lo demás, al manifestar el Sr. Blasco Ibañez sus deseos de que en Filipinas fueran asesinados todos los frailes, haciéndose tal vez eco de ese dicho popular (que cita el señor Eliola) que conceptúa de matanza saludable los asesinatos de los mismos comestidos en Madrid, tengo la seguridad de que su intención sería sólo de que fueran asesinados moralmente para diferenciarse de aquellos verdugos

inquisitoriales que, perteneciendo á un tribunal calificado de santo, lo hacían bárbara y materialmente con aquellos sabios que aportaban la luz, al contrario de ellos, que conducen la sombra.

Dice el Sr. Eliota al citar al Sr. Réclus como buena autoridad en la materia por sus ideas anticlericales para el Sr. Blasco, que acude á aquél pensando que, por estar él distanciado en ideas del Sr. Blasco Ibáñez, sus personales opiniones han de tener poco peso. «Ya párrafo, Sr. Eliota, aquello que yo esperaba ver desmentado en el curso de su defensa, de qué no tenta que ver nada con curas ni frailes. Usted mismo se desmiente y se descubre, señor Eliota, después de haber sentado el principio y síndole tan fácil conservar la mascarilla...»

«Como no ha de tener usted que ver con los frailes y con los curas, y cómo ha de justificarse usted ante el público la imparcialidad de su defensa cuando así se expresa?»

Los propagandistas de la hoja anónima á que me he referido al principio, han creído que no encontrarían defensor mejor para esta causa que usted, y ya ven mis lectoras qué lejos está el Sr. Eliota de ser en su defensa razonable, imparcial é irrefutable.

No ha de ser sólo el Sr. Eliota el que diga algo de su cosecha; voy á decir yo también un poco de la mía, y va á ser lo siguiente: que mientras impere la clerical, no verá el señor Eliota la patria robusta, como desea (á la gente de Iglesia sí la verá robusta), y que es lástima que, sin tener que ver nada, como él dijo, con frailes y curas, se haya puesto al lado de una causa que tan mal defiende, y que reprueba el espíritu del siglo, el criterio y la verdad.

Dándole mil gracias, señor director, por la publicación de estas líneas, queda de usted afectísimo y s. s., q. b. s. m., ALFREDO CAMPOS HIDALGO.

más ó menos poéticas, ni con leyes pueriles ó bárbaras como las de Moisés. La unidad del pueblo judío se deshizo hace más de dieciocho siglos, é intentar su restablecimiento sería un desastre.

Ya á mediados de la presente centuria, un poeta francés, Barthélemy, excitaba á Rostchild á invertir sus cuantiosos bienes en la adquisición de Palestina para restaurar en ella el reino de Judá. Rostchild no arriesgó, é hizo bien, su fortuna en tal empresa. Los Estados no se improvisan en la vida real como en el *Telmaco*, de Fenelón; menos aún, cuando gentes ilusas se obstinan en querer vivir á contrapelo del medio, desconociendo ó queriendo desconocer su influencia incontrastable y fatal.

Relo mismo sucede á los carlistas. Viven encerrados en un círculo de hierro; animados ficticiamente por un espíritu viejo, petrificados en las formalidades religiosas como los judíos en el Antiguo Testamento y los turcos en el Corán, son gentes divorciadas del espíritu moderno, que rechazan los medios creados por el trabajo y la libertad y aman y defienden lo antiguo precisamente porque lo es. Cierta que la ancianidad no es un oprobio, y que el presente ha de ser un resultado del pasado: lo que hay que hacer es aprovechar las enseñanzas de éste en un serio y meditado trabajo de selección. Los carlistas, por el contrario, quieren resucitar una época que no volverá porque tiene su mayor adversario en el presente, en la inclemente realidad, á cuya influencia no pueden ellos mismos susstraerse.

Son enemigos de la ciencia, y la ciencia, ha dicho Renán, redimirá al mundo.

JOAQUÍN SEGURA. Lucalonesa, Septiembre 28.

### COLOMBIA DEGRADADA

Buga 15 de Julio de 1898. Sr. D. Fernando Lozano y Rey.

Mi muy estimado señor: Me refiero á su apreciable de fecha 14 de Marzo de este año, que llegó á esta ciudad con bastante atraso. En contestación á ella, diré á usted lo siguiente:

Desde fines del año de 1894 no volví á recibir LAS DOMINICALES, no porque no llegaran á Buga, sino porque el gobernador de este departamento dió un decreto prohibiendo todas las publicaciones que él reputaba inmorales, su introducción, circulación y venta en el país. En Diciembre de este año estalló la revolución que los liberales hicieron al Gobierno conservador de este país. En la prisión, donde estuve algunos meses, leí los últimos números, que me entregaron. A poco vino el decreto del gobernador y no me volvíeron á entregar los números, á pesar de mis reclamaciones y de un memorial que elevé al administrador general de Correos y Telégrafos de la nación, en donde le manifestaba que yo no era agente del periódico ni hacía propaganda de él, sino que era simplemente un suscriptor. Nada me valió; el abuso inicuo se cometió conmigo, como se cometió con otros que estaban suscritos á *El Progreso*, de Nueva York.

Veá usted la triste situación por que atraviesa esta República, sólo porque están arriba los clericales.

De usted atento servidor y correligionario, C. P.

### A las mujeres mazarroneras

A vosotras, sencillas mujeres, víctimas de vuestra ignorancia y de vuestra absurda educación, dedico estas líneas, no para insultaros ni para pervertiros, como os dirá algún interesado en que no las leáis, sino para que reflexionéis, para que fijándoos en el hecho que las motiva, raciocinéis y deducáis en consecuencia.

Todas sabéis, porque el hecho ha sido harlo grave y comentado, que un infeliz sin instrucción, porque la sociedad se cuida de que no la tengamos los pobres, ha sido insultado recientemente por un cura, y, al contestarle aquél con otro insulto en defensa propia, ha sido encarcelado, y acaso pagará su *osadía* con algunos años de presidio; todas sabéis que han intervenido personas influyentes con el cura para que perdona al infeliz que inconscientemente lanzó aquella frase malsonante porque el cura le había lanzado otra parecida, y que lejos de atender á la súplica de aquellas personas y de la madre del acusado, viuda, sin otro amparo que ese hijo, insultó de nuevo á ésta, dejó corridas á aquéllas y dijo que no perdónaba y que haría porque vaya á presidio por bastantes años y sirva de escarmiento.

Bueno; sabiendo todas esto, ¿no pasa por vuestra mente la idea de que eso no es practicar la religión de Jesucristo, la religión de amor, paz y tolerancia? ¿No se os ocurre pensar que Jesús mandó perdonar las injurias? Pero, ¿qué os digo, infelices! ¿Acaso sabéis vosotros cuál es la verdadera religión de Jesús? No, Vosotras sabéis rezar, ir á misa sin entenderla, confesar y odiar á todo el que prescinde de esas prácticas.

Ya sé que esto os ofende; pero... ¿es verdad? Preguntad á vuestra conciencia y contestadme. Las menos instruidas me diréis que así os lo han enseñado vuestros padres y así lo hacéis, y que es un hereje y no cree en Dios el que no lo hace; las más ilustradas me diréis que la religión es intachable, santa, y no tiene culpa de tener algunos malos representantes.

A las primeras, os compadezco y no os contesto, porque sólo compasión inspiráis, y os hacen el mismo efecto las razones que á un hereje las excomunionen. A las segundas, os diré que os contradecís vosotras mismas. Si la religión es obra del Todopoderoso, ¿por qué permite tener un mal representante que la desprestigie? Porque no se trata de un comerciante á quien pueden engañar sus empleados, se trata de quien todo lo puede y lo sabe.

Tampoco me diréis que es un caso aislado; leed la verdadera doctrina de Jesús y exami-

ad á todos sus representantes, á ver si halláis el 2 por 100 que cumplan parte de sus preceptos. ¡Ni el uno!

Millares de ejemplos que probarán la antitética de vuestra religión y la de Jesús podría citaros; pero se hace largo el artículo. Aunque digáis que soy hereje, protestante, librepensador, que no creo en Dios y enseño á los niños de mi escuela á profanar su nombre; aunque digáis todas esas cosas, antitéticas unas á otras, os perdono y os compadezco; y si el acto realizado por ese cura no os abre los ojos, os deseo muchos como él, por aquello de que el loco por la pena es cuerdo.»

JUAN MARTÍNEZ IZQUIERDO. Masarrón, Septiembre del 08.

### EN EL DÍA DE LA PATRIA

Si de la emoción profunda que me embarga en este instante hay huellas en mi semblante que en frío sudor se inundan, no es que á la plebe iracunda de carlistas tenga miedo: es que á los temores cedo en mi exco naturales, es que á los tigres sociales herir con fuerza no puedo.

¡Soy mujer! He cometido el crimen de nacer tal; que en la balumba social ese un crimen siempre ha sido. Si aún dirán que mi marido hizo estos versos perversos; que son tan duros y adversos nuestros destinos infelices, ¡que no nos dan los crueles ni el derecho de hacer versos!

(Aplausos.) Mas no, señores, son míos, y en verdad que fui indiscreta pensando que de un poeta los supongan los impíos. Verdad que no tengo bríos para grandes concepciones; pero puedo en mis canciones, pues me sobra voluntad, decir toda la verdad, sin estudiadas razones.

(Aplausos.) Y juzgo yo que al cantar este magno aniversario, expresaría es necesario, señores, sin trepidar. Los que supieron luchar por la patria y por la ley, al redimir á la grey de su misera existencia, olvidaron la conciencia, que era esclava de otro rey.

Era ese rey absoluto el sombrero sacerdote, del misero pueblo azote, del hogar sin goce luto. Ambicioso, disoluto, sembraba muerte y terror, y en nombre del Creador, que tanta bondad encierra, llenaba toda la tierra de llanto, sangre y dolor.

(Grandes aplausos y bravos.) Se horroriza la memoria, cuando esa historia repasa, y las manos nos abrasa tu libro santo, ¡oh, historia! ¡Oh, gloria á los hombres, gloria, que intentan con noble aliento que el pueblo escuche su acento, y que en la noche social como radiante fanal brille el Libro Pensamiento.

(Grandes aplausos.) El logrará que la esposa haga del hogar un templo, donde sepa dar ejemplo por modesta y por virtuosa; donde ofrende cariñosa en las aras del amor, casto, herno, encantador, todas las flores del alma; flores que hoy riega sin calma á los pies del confesor.

(Aplausos.) Yo sé que el decirlo ahora es una temeridad, porque nuestra sociedad aún esas cosas adora. Van á decir:—No es señora la que tan franco se expresa... de Satanás será presa cuando termine su vida... y la calumniosa homicida me herirá... ¡mas no me pesa!

(Aplausos.) Los que saben que al hogar vivo humilde consagrada, y me ven enamorada á mi esposo venerar; los que me ven adorar con todo mi corazón á mis hijos—mi ilusión y mi encanto—en dulce calma, no dirán que vive mi alma sin Dios y sin religión.

(Como en este punto la autora se manifestó conmovida, el público la animó á seguir con sus bravos y aclamaciones.) La religión que á mi juicio hace digna á la mujer, es cumplir con el deber, llegando hasta el sacrificio. Educar lejos del vicio á sus hijos; con sus manos escoger los libros sanos, que enseñan que los ilotas

no pueden ni ser patriotas ni ser buenos ciudadanos. (Aplausos.)

Euseñarles que es deber no hacer mal y ser honrados, y convertirse en soldados si el Perú lo ha menester. (Aplausos.)

Que nunca deben hacer el bien buscando provecho, sino sólo por el hecho de ser bien, y que jamás atenten de los demás, si es justo, contra el derecho.

Decirles que es la igualdad de la patria fundamento; que el más noble sentimiento es de la libertad. Que amen á la humanidad sin alarde necio ó vano, y que ante todo el peruano no ha de olvidar los horrores de Arica y de Miraflores, y ha de odiar al araucano. (Aplausos.)

Que en el santo aniversario de la patria independencia, no ha de olvidar la conciencia ese sangriento calvario. Y que hay en el calendario del Perú, que luz reparte, héroes que esperan que el arte eternice sus acciones: los de Tacna y Mejillones y Rolognesi y Ugarte. (Aplausos.)

¡Oh, patria! Mis hijos son las únicas joyas mías; pero si en futuros días vuelve á rugir el cañón, de mi santa religión en el nombre—¿un que partido mi corazón desolado—cual les enseño á vivir, les enseñaré á morir por la patria en que han nacido.

(Grandes aplausos y gritos de ¡viva el Perú! El público hace una oración á la poetisa.)

### LIBRE PENSAMIENTO EN ACCION

Torrejancillo 26 Septiembre 1898. Sr. D. Fernando Lozano.

Muy señor nuestro y querido correligionario: El día 27 de Julio próximo pasado tuvo lugar la primera inscripción civil con exclusión de los ritos canónicos, de la niña Victoria, hija de los consecuentes y jóvenes republicanos D. Victoriano Lamadrid Mestre y doña Jenara Leno; siendo testigos D. Salustiano Hernández Moreno, Juan Llanos Iglesias y Miguel Lorenzo Martín.

A los treinta y un días falleció dicha niña, siendo su entierro puramente civil; asistiendo al acto un público de dignos y consecuentes librepensadores. Comentarios. Los curas trabajaron cuanto es de suponer para evitar esos actos, con los hermanos políticos y demás familia; tanto fué que, debido á ello, tuvieron grandes disgustos los padres de la niña.

También se presentó el cura en casa de dicho Sr. Lamadrid, y nada pudo conseguir; luego se presentó á los padres el cura párroco D. Lorenzo Díaz y el teniente cura D. Juan Manibardo, diciéndoles que la niña era la que perdía si no se bautizaba; su padre les contestó que la niña no tenía que perder nada. Y como quisieran también ver de conquistar á la madre, ésta les contestó: «la voluntad mía es la de mi marido».

Somos de usted afectísimos seguros servidores, q. b. s. m., Victoriano Lamadrid.—Juan Llanos Iglesias.

Viso del Marqués 1 Octubre 1898. Sr. D. Fernando Lozano.

Muy señor mío: Con gran pena le participo la muerte del consecuente y denodado republicano librepensador Jesús Fernández y Merino, acaecida el 20 de Septiembre próximo pasado.

A su entierro, que fué civil, acudió numeroso público. La música municipal le acompañó también al cementerio, haciéndose el sepelio á los acordes de la Marsellesa. Fué afable y consecuente en sus tratos; y aunque intransigente en sus ideas políticas, no por esto dejaba de comunicarse con todas las clases de la sociedad, siendo estimado de todos. Revolucionario por temperamento, su puesto siempre lo tuvo, con sus parientes los Sres. Merino, en Despeñaperros.

Cuando comprendió que moría muy pronto, dijo: «Se acerca el triunfo y no lo veré; ¡paciencia! Contaba sesenta y cinco años de edad. Sin otra cosa, se repite suyo atento seguro servidor, q. b. s. m., ANTONIO GONZÁLEZ.

Esta redacción siente profundamente la pérdida de tan digno y consecuente correligionario.

El Libro Pensamiento en Sabadell 20 de Septiembre de 1898.

Sr. D. Fernando Lozano. Estimado correligionario: No todos han de ser hipócritas y farsantes, gente acomodaticia á las ideas de llenar la panza, como hoy día diezman las mermeadas huestas de librepensadores, unos porque son sitiados por hambre y otros por santa conveniencia; alega un poco el ánimo cuando un librepensador, desafiando el «qué dirán» y oyendo sólo la voz de sus ideas, no transige y celebra los actos bajo la forma puramente civil, despreciando las mojigangas religiosas.

los librepensadores de aquí; y como en la fecha son escasos estos actos, le ruego se sirva insertarlo en el adalid del progreso, su valiente periódico, para satisfacción de los buenos y para ejemplo de los pusilánimes ó cobardes.

Repitiéndole su correligionario amigo, le desea salud y progreso. RAMÓN SALDONI.

Amigo D. Fernando: Confirмо lo que anteriormente le dice el profesor de los párvulos. No ignora usted cuánta energía y fuerza de voluntad se necesita para luchar contra la corriente, y sobre todo contra una corriente tan corrompida y sucia como la de nuestra actual sociedad.

Sin embargo de lo que aquí manifiesta el Sr. Saldoni, quizá sea Sabadell una de las poblaciones españolas en que más actos civiles se celebren, no bajan seguramente de 50 cada año, pero la mayor parte pasan desapercibidos; y como ni los de «La Emancipación» ni nadie se cuida de hacerlos públicos, nuestro silencio hace el juego á los católicos.

Los días 24 y 25 celebraremos exámenes públicos en el local del Círculo Republicano Federal; confío en que los niños dejarán bien sentado el tabellón del laicismo y que los padres han de quedar satisfechos. Es la única recompensa que espero á mi ruda y continuada labor.

¿Cómo va usted con su calvario? ¿Cuándo tendrá fin esta hipócrita inquisición? ¡Y qué deseo tengo que el sol de la libertad luzca en todo su esplendor! Hasta que ese venturoso día llegue, seguiremos el ejemplo de los valientes y decididos, como usted y Pepe Nakens.

Le saluda y abraza su afectísimo amigo y correligionario, FABIÁN PALASÍ.

Nuestro querido amigo y correligionario D. Julián Moreno contrajo matrimonio civil, en Salobral, el día 7 de Septiembre del corriente año, con doña Eduvigis Savilla.

Fueron padrinos D. Julio Albager, director de *La Vanguardia*, de Albacete, y D. Ezequiel Sáez, fabricante de jabones. Deseamos á los nuevos esposos todo género de felicidades.

El día 5 de Septiembre último tuvo lugar en Cazalla de la Sierra el entierro civil del empujado de aquel juzgado municipal D. Manuel Lucena.

El acto fué solemnísimos. Acompañaron al cadáver infinidad de personas pertenecientes á todas las clases sociales, como justo testimonio de respeto á la memoria de tan honrado ciudadano. La familia del finado hizo distribuir entre los pobres una buena limosna de pan.

Linares 24 de Septiembre de 1898. Sr. D. Fernando Lozano.

Muy señor mío: Pongo en su conocimiento que el día 17 del corriente he dado sepultura civil en Santa Cruz de Mudela á mi hijo Emiliano; ya recordará usted que el 7 del pasado Julio se verificó el de mi hija Violante. He tenido la desgracia en tan corto tiempo de ver morir á dos seres tan queridos.

Me complazco en manifestar á usted que no ha habido inconveniente alguno, ni por parte de las autoridades, ni del vecindario, descubriéndose todos al paso del cortejo, con una excepción: un aspirante á cura fué el único que demostró su intransigencia faltando á este principio de urbanidad; todos los señores tienen la misma escuela. Autorizo á usted para que le dé una lección por la falta cometida.

De usted afectísimo s. s., q. b. s. m., JOSÉ ALVAREZ CAZADILLA.

### Bibliografía

Hemos recibido el núm. 7 de *La Revista Blanca*, cuya importancia científica y social puede apreciarse con el siguiente sumario: *Sociología*: La obra de Lombroso, por Charley Money; *Utópicos*, por Soledad Gustavo; *El Estado*, por Donato Luben; *Jerarquia social*, por A. del Valle. *Ciencia y Arte*: Ciencia y socialismo, por el doctor Boudin; *Reseña histórica de la taquígrafía*, por Marcelino Brieva; *Cuentos de amor*, por Federico Urales. *Sección Libre*: Ensayo sobre la pervariación, por Camille Maclair; De todas partes, por A. Galcerán; *Chispazos*, por U. *Tribuna del Obrero*: Partidos ilegales, por Aurelio Muñoz; En busca de oxígeno, por T. te Demo; *El Proselitismo*, por Ali el Mellech; *El Criadero*, por Juan Casanovas.

### LOTES DE LIBROS

Por una peseta se puede adquirir, á elección, el libro ó el lote expresados á continuación:

- Batallas del Libre Pensamiento.
- Poseídos del demonio.
- Radicalismo y federalismo.
- 25 libritos de «Redención».
- 50 discursos de «La soberanía del pueblo».
- 50 ídem de «Un trono traidor».
- 50 ídem de «La obra de la Asamblea republicana».
- 50 ídem de «Los derechos del hombre».
- Sets Nuevos Evangelios «Qué es el socialismo».
- Sets ídem ídem «Qué es Libre Pensamiento».
- Un «Almanaque popular» en libro ó pegado en cartulina.
- Dos bloqs del «Almanaque popular» para guardarlos en cartón.